

**Bits'n'Coins:**  
**Apuntes para un historia materialista del dinero (Versión en proceso)**

**Resumen**

- 1. Introducción**
- 2. El dinero en el capitalismo mercantil**
- 3. El dinero en el capitalismo industrial**
- 4. La moneda bit: El dinero en el capitalismo informacional**
  - 4.1 El dinero como bien informacional monopolizado por el Estado Nacional**
  - 4.2 El dinero como bien informacional producido descentralizadamente.**
  - 4.3 El dinero como bien informacional provisto por empresas multinacionales**
- 5. Conclusiones**

*Si los hechos demuestran, pues,  
que el dinero sin valor específico  
presta los mismos servicios que nuestra moneda oro,  
habremos de preguntarnos si no existe un error  
en nuestra idea tradicional del dinero*

Friedrich Bendixen

## **2. El dinero en el capitalismo mercantil**

La historia de la materialidad del dinero no puede ser separada de las formas políticas que le dieron lugar a las transformaciones en los usos, elementos y tecnologías que rodean a las monedas. Si bien el interés de este artículo está concentrado en las mutaciones del dinero en la Modernidad, es imposible dejar de referir algunas experiencias anteriores a ella, que han servido como ejemplo e impulso de las monedas que acompañaron al desenvolvimiento del capitalismo.

Todas las culturas se han sustentado en el intercambio (ya sea a través del regalo, del robo, del mercado) de bienes. Sin dejar de tener esto en mente, el foco está puesto aquí en aquellas formas que han sido reconocidas como moneda por las propias sociedades que la utilizaban. Esto deja afuera del alcance, en este caso, al trueque o a los dineros *de hecho* (sin marcas o acuñaciones), los cuales, por supuesto, reclaman con justicia su lugar entre las “formas históricas del dinero”.

Una de las ideas que surgen del estudio del dinero a lo largo de la historia es que existen determinadas características que tienen a repetirse pese a las inmensas variaciones en el trato cotidiano entre las personas a través del dinero. Esas formas más o menos estables podrían dar cuenta de algunas propiedades o particularidades del dinero en las

relaciones humanas. Así, por ejemplo, Dionisio de Siracusa, en el siglo IV a.C. echó mano a la devaluación de la moneda con el fin de cancelar deudas que había contraído de algunos ciudadanos ricos pidiendo todas las monedas de la ciudad y reacuniéndolas con un valor superior, para luego devolverlas y quedarse con lo restante para el pago de sus deudas (Kemmerer, 1944:9-10)<sup>1</sup>.

Por otra parte, y complementariamente con lo anterior, lo que se halla también es una secuencia de actitudes que han dominado al mundo occidental (hoy al planeta casi en su totalidad) que se han ido solapando unas a otras. Así, hay aún rastros de metalismo en las monedas más sofisticadas y contemporáneas, así como formas abstractas incluso en los orígenes de la acuñación de metales.

Como comienzo del recorrido de esta cronología de las monedas, entonces, es preciso hacer referencia a las Dracmas de la antigua Grecia (con un origen no totalmente preciso durante el siglo VII a.C., en Lidia), a las monedas del Imperio persa o a la prerrogativa romana de prohibir la circulación de cualquier forma dineraria no acuñada por el Estado. Esto sin olvidarnos de China, Egipto, la Mesopotamia prehistórica o los avances de la Sudamérica precolombina<sup>2</sup>.

La llegada de la Edad Media y la fuerte caída del comercio a través del Mediterráneo y con Oriente impactó con fuerza en el uso de dinero, de modo que precipitó una virtual desaparición de las monedas acuñadas, al menos entre los siglos V y IX. Luego, a partir de ese momento y cada vez con mayor intensidad, la necesidad de una institución social que facilite el intercambio volvió a hacerse evidente. Es en ese período en el que comenzaremos esta crónica sobre las formas materiales que ha adoptado el dinero en occidente.

## 2.1 El bimetalismo

Las primeras formas de acuñación monetaria estuvieron signadas por la convivencia del oro y la plata (además de otros metales, dependientes de aquellos), en función de la facilidad de conseguirlos y de la alta valoración que tenían como objetos para el intercambio y atesoramiento de valor. Todos los expertos concuerdan en colocar el hito fundacional de la banca y el dinero modernos en la Venecia del siglo XIII, aunque no es menos cierto que varias ciudades italianas (Génova, Sicilia), francesas, alemanas, españolas, inglesas y holandesas presentaron actividades similares en el mismo período.

El *Banco della Piazza di Rialto* fue la primera institución estatal que se hizo cargo de tareas que venían cumpliendo sesgadamente ciertos actores privados; esto es, básicamente, guardar y transferir dinero en las cuentas de sus clientes y redactar libros y memorias de las transacciones (Van Dillen, 1934). Venecia funcionaba, como mínimo desde las Cruzadas, como una suerte de gran feria permanente europea, y los comerciantes se volcaron en masa al pago por transferencia bancaria, lo cual les garantizaba un mucho menor esfuerzo a la hora de realizar sus transacciones y una mayor seguridad de las mismas. Esta ciudad creó dos monedas: el ducado de oro y el gros de plata, cuya relación (aproximadamente 1 a 24) se mantuvo estable durante algún tiempo (Flandreau, 2009). Sin embargo, las que más abundaban en los mercados (provenientes de toda Europa) eran de metales y

---

1 Algo similar expresa Kenyon (1884:1) sobre la Inglaterra del siglo I a.C.

2 Para un examen general de las monedas y la economía en la Antigüedad, ver, entre otros, Nussbaum (1929), Polanyi (1976), Borisonik (2013), Caletti (1972), Davies (1994), Williams (1997).

denominaciones de menor valor, lo que hacía mucho más confiables a las transferencias, por no estar atadas a las fluctuaciones cambiarias cotidianas. Esta práctica dio lugar al uso extendido de las letras bancarias, que también se posicionaron como forma dineraria atractiva a un importante número de actores<sup>3</sup>.

Tanto en el caso veneciano como en el de Ámsterdam, el bimetalismo estatal se enfrentaba a los vaivenes de una gran cantidad de monedas y de bancos privados de transferencia de capitales. Pero si en Venecia, fue el desorden dinerario lo que motivó a las autoridades a establecer una banca estatal, en Holanda se debió a la mala administración y excesiva especulación de los privados (Quinn y Willian, 2009). Estos dos fueron los problemas más graves de este período: si por un lado las cabezas de los caóticos y políticamente disgregados territorios se negaban a renunciar a la acuñación de moneda local, por el otro, los actores privados pretendían sacar el máximo provecho a las fluctuaciones entre todos esos tipos de cambio. Todo ello dio lugar a una inmensa confusión, a la que realizaba su aporte la enorme cantidad de monedas gastadas, limadas, perforadas (o directamente falsificadas) que reemplazaban de hecho en las calles a las de buena calidad (que tendían a esconderse y atesorarse).

Otro factor de suma importancia en el período bimetalista era la idea generalizada de que el dinero valía por su peso en el metal que lo constituía y que la acuñación sólo se debía a efectos prácticos. Como afirmaría Juan B. Justo (1937:7)<sup>4</sup>,

Para facilitar el uso de los metales preciosos como moneda, los acuñaron los gobiernos en piezas, cuyo peso y pureza garantizaban con su sello, y de esta función simple y útil de acuñar, nacieron el primer fraude del Estado y la primera ilusión del vulgo sobre la materia. Nada es más fácil que alterar la composición de las piezas de moneda o disminuir su peso y seguir dándoles el mismo nombre, hacer dos piezas con el metal contenido en una, llamar a cada una de las nuevas piezas como a las antiguas, y pagar con ellas las deudas contraídas en piezas antiguas, expediente a que han recurrido muchos príncipes y gobiernos para salir de las trampas con menos dinero del que debían.

Al respecto, la teoría metalista del dinero (así hubo de llamarse a la doctrina recibida por la Europa tardo-feudal) determina que el valor de la moneda se define por su contenido material. Este sesgo metalista no se ha borrado de las creencias y percepciones sociales sobre el dinero. La explicación, según Rafael Olarra Jiménez (1965:153), radica en que al momento de ser dictadas las primeras leyes monetarias “en los países de mayor gravitación en el orden comercia circulaban amplia y libremente las monedas metálicas. Pareció entonces lógico definir las monedas por su peso metálico, y este enfoque del asunto persistió”. Dentro de esta lógica, cualquier sustituto del oro o la plata en papel no es más que una *moneda fiduciaria* sin valor en sí misma que representa precaria y provisoriamente (autorizado por la autoridad política) al metal, que es el verdadero valor. Sea como sea, esta teoría jamás se cumplió completamente en la práctica dado que, sin excepción, los Estados intervinieron en alguna medida sobre el valor del dinero. En otras palabras, negar el hecho de que el dinero es una institución socialmente regulada impide ver la influencia que ha tenido el poder político sobre él en todas las épocas. Es por ello, que el metalismo no ha

---

<sup>3</sup> Cabe aclarar que esta forma de dinero empleada por los clientes de los bancos no se parecía al uso de billetes, pues (si bien eran también papeles) llevaban el nombre del acreedor y del deudor, así como el monto representado impresos. Por lo tanto no eran de absoluta libre circulación como el papel moneda que se desarrollaría más adelante.

<sup>4</sup> Citado por Caletti (1972:88)

subsistido hasta nuestros días como doctrina económica, pese a haber predominado hasta bien avanzado el siglo XIX y haber dejado grandes huellas en el sentido común de los usuarios de dinero.

Durante el período bimetalista, la superioridad de un material sobre el otro fue dada, mayormente, por la oferta. Si hasta el siglo XVI, el oro (que había sido siempre la base del sistema de valores) venía en clara declinación en términos cuantitativos, la llegada de la plata extraída en base al dominio español sobre el continente americano hizo que su proporción fuera aún mucho menor y que, en efecto, los mercados fueran casi absolutamente *plateados*.

En su monumental obra *The History of Currency*, William Shaw resume el período bimetalista como un momento surgido a partir de una importante expansión comercial en el cual la producción y posesión de metales preciosos se encontraba en el centro de las preocupaciones de las ciudades y nóveles Estados nacionales, así como una etapa en la que las relaciones de valor entre la plata y el oro variaron permanentemente exigiendo una continua revisión de sus cotizaciones (Shaw, 1896:13-14). Durante ese lapso, la acuñación y reacuñación de monedas estaba a la orden del día. De hecho, los gobiernos tenían una política de total libertad al respecto, con lo cual cada pieza de oro o plata podía ser llevada a la casa de la moneda para ser fundida y sellada. Así, los países intentaban atraer líquido (en este caso, más bien metálico) a sus arcas. Pero la gran cantidad de falsificaciones y monedas defectuosas que se hallaban en circulación dificultaba mucho el funcionamiento ordenado del comercio bajo el bimetalismo, lo cual llevó a intensas reemisiones<sup>5</sup>. En síntesis, el bimetalismo fue un sistema que acarrea grandes incomodidades por dos razones de diversa naturaleza, que fueron combatidas con dos tipos de medidas: contra las confusiones y disputas debidas a las calidades de las monedas circulantes, comenzó a extenderse con gran potencia el empleo del papel (billetes convertibles, pagarés, y todo tipo de letras que representaban una cantidad de metal); y contra los casi permanentes problemas causados por los constantes desajustes entre el oro y la plata se adoptó (mucho tiempo después) un patrón áureo.

## 2.2 De la moneda al billete

La magnitud de los inconvenientes que traía el manejo continuo de dinero en metálico hizo que se expandiera rápidamente el uso del papel en las transacciones comerciales, lo cual representó un enorme paso en la historia de la desmaterialización del dinero que acompaña a los avatares de la racionalidad occidental. El siglo XVIII fue testigo de una muy espectacular variedad de formas e ideas respecto del dinero, que en los siglos posteriores tendió a una “normalización” en torno de los billetes nacionales –que se mantendría relativamente estable hasta las guerras mundiales y el apogeo del poder de los Estados Unidos de Norteamérica–.

La *Reforma protestante*, junto con la *Paz de Westfalia* y las grandes catástrofes naturales (diversas plagas, el gran incendio de 1666) fueron factores que convirtieron al

---

<sup>5</sup> Una de las reacuñaciones más célebres del período fue la acontecida en Inglaterra entre 1696 y 1699. En ella se reemplazó el total del circulante, entre otras cosas, en respuesta a la llamada *Gloriosa Revolución* de 1688. John Locke fue uno de los más importantes voceros en contra de que esta actividad trajera aparejada una devaluación, pero pese a que sus palabras fueron de gran influencia, la reacuñación no tuvo el efecto esperado (al respecto, ver Vaughn, 1980; Davison y Keim, 1988).

siglo XVII en un momento crucial para el paso hacia el capitalismo. Tal vez el hecho más evidente al respecto haya sido la crisis económica del imperio español, cuya declinación dio lugar a las naciones anglosajonas para ocupar el centro de la escena europea. Tras dicho reacomodamiento, en la segunda mitad de esa centuria se dio un proceso de concentración de la actividad económica y de las riquezas, que preparó el terreno para lo que (siglos más tarde), Karl Marx daría en llamar “ejército de reserva”<sup>6</sup> (Dobb, 1950:123-170).

Si bien existen registros de experiencias con dinero fiduciario que datan del siglo VII en la China de la dinastía Tang<sup>7</sup>, en Occidente los primeros billetes fueron confeccionados en Suecia. Y ya desde su primera aparición fueron el vehículo para que sólo las clases más influyentes quedaran en poder del metálico y especularan con las notas:

Johan Palmstruch (fundador del Banco de Estocolmo) crea en 1661 los «Kreditivsedlar» (papel de crédito temporal). Éstos eran de confección rústica y escritos a mano. De la segunda emisión poco se conoce, se realizó entre los años 1662 y 1664 esta vez ya impresos. Palmtruch terminó con sus huesos en la cárcel al imprimir su banco más billetes de los que podía avalar (Mendoza Martínez, 2009:115).

La practicidad de los billetes fue el factor que más ayudó al veloz impacto que tuvieron sobre las prácticas financieras y comerciales. Pero aún había grandes dudas sobre la legitimidad del abandono de la circulación metálica. Tal es así que el propio Adam Smith pondría como condición para el uso del papel moneda la garantía estatal de la devolución del metal en el segundo capítulo de su *Wealth of Nations*. Opuestamente, Kant (en la *Fundamentación metafísica de las costumbres*) sostendría –con un sorprendente poder de predicción sobre el futuro del capitalismo– que:

La cosa que ha de llamarse dinero tiene que haber costado ella misma el mismo trabajo para producirla, o también para ponerla en manos de otros hombres. Porque, si fuera más fácil conseguir la materia que se llama dinero que la mercancía, llegaría más dinero al mercado que mercancía hay a la venta; y puesto que el vendedor tendría que aplicar a su mercancía más trabajo que el comprador, al que el dinero afluye con mayor rapidez, desaparecería el trabajo en la fabricación de mercancías y de este modo también desaparecerían y disminuirían la industria tal junto con el trabajo industrial, que tiene como consecuencia la riqueza pública. Por tanto, los billetes de banco y los asignados no pueden considerarse como dinero, aunque lo representen por un tiempo; porque no cuesta ningún trabajo fabricarlos y su valor reside únicamente en la suposición de que permanecerá el cambio conseguido hasta ahora por dinero en efectivo; suposición que desaparece en cuanto se descubre que no hay cantidad suficiente de este último para un comercio fácil y seguro, haciéndose inevitable la suspensión del pago (Kant, 2006:113)<sup>8</sup>.

La utilización de billetes no fue privativa de la representación de un metal (los hubo de plata y de oro, antes de su independencia conceptual), pero beneficiaron las posibilidades de los gobernantes de devaluar con mayor facilidad y menor participación de

---

6 Sobre tal concepto, ver Marx (1999:XXIII,3).

7 Se supone que los primeros billetes chinos nacieron a causa de la escasez de cobre, pero poco tiempo después se popularizaron y oficializaron como forma estable de pago y resguardo de valor (Feria, 1991).

8 Un muy importante estudio del pensamiento kantiano acerca del dinero puede encontrarse en Hoffman (2014).

los usuarios del dinero. Hasta la aparición de los billetes, las políticas generales eran de libre acuñación: los Estados aceptaban el oro de los particulares (de cualquier procedencia), el cual acuñaban y devolvían con una mínima quita por el costo del sellado, de modo que el dinero pasaba a circular inmediatamente en su forma más líquida y el que más oro tenía, más poder de compra e influencia podía ejercer.

El uso de billetes, al contrario, tiende a beneficiar a los gobiernos, que pueden hacer uso (y abuso) de algunos mecanismos que les dan ventaja sobre cualquier otro actor. El tercer capítulo del libro V de *La riqueza de las naciones* (Smith: 2003) es generoso en ejemplos de cómo los Estados han abusado de las deudas y las han pagado “deshonestamente” a través de la depreciación nominal del dinero.

Una experiencia insoslayable a la hora de comprender el triunfo del papel moneda es sin duda la protagonizada por el escocés John Law y el Estado de Francia. Esta historia se remonta a la creación de la Compañía del Mississippi en 1684, cuya función era ser una corporación monopólica del comercio francés con las colonias de los EE.UU., la cual se transformó en una de las primeras burbujas especulativas de la Modernidad (Harsin, 1928). La Compañía del Mississippi fue reemplazada en 1717 por la Compañía de Occidente, al cual fue a su vez fusionada, tres años más tarde, con el Banco General (o Banco Real). La banca nacional absorbía así a los bancos privados, quedándose a cargo de la emisión de papel moneda. La precaria situación económica francesa, sumada a la dificultad de la circulación metálica, dieron a Law la oportunidad de llevar a cabo un reemplazo por dinero de papel.

A raíz de las repetidas devaluaciones, el Estado francés debió realizar numerosas reacuñaciones, lo cual demandaba un gran esfuerzo y la pérdida de liquidez en ciertos momentos. Así, desde principios del siglo XVIII, los gobiernos se valieron de la práctica de entregar certificados de papel que podían usarse como moneda (y que, incluso, devengaban algún interés –menor que la devaluación (Caletti, 1972:94)– y podían ser utilizados como medio de pago). Esto hizo que el uso de dinero fiduciario no fuera extraño y que, a partir 1705, cuando John Law comenzó con su serie de publicaciones y sugerencias sobre la cuestión, la impresión de billetes tuviera una buena acogida (Law, 1705; Velde, 2007). Así, en 1716, Francia le permitía a Law “crear, por un período de 20 años, un banco privado. El banco tenía derecho de emitir billetes y éstos fueron de 1000, 400, 100, 40 y 10 «écus de banque», ascendiendo su capital social a 6 millones de libras” (Caletti, 1972:95). Las acciones de la compañía de Law ascendieron rápida y exorbitantemente, pasando de las 500 libras originales hasta 18.000 libras en 1719. La especulación, asimismo, escaló a niveles insospechados, lo cual redundó en una debacle económica y en la huida de Law a Venecia. Pero más allá de los detalles, lo que pone en evidencia esta experiencia es la identificación entre dinero, crédito y búsqueda de lucro que se dio desde el origen mismo de los billetes<sup>9</sup>.

La expansión del comercio internacional y el fracaso de la experiencia francesa, hicieron notar la necesidad de mejorar el sistema del papel moneda. Si en sus orígenes el billete era un simple pagaré, con el tiempo se fue convirtiendo en una herramienta impersonal<sup>10</sup>, con validez prácticamente universal. Así, y tras diversos traspiés que esta

---

<sup>9</sup> Recordemos que, en Europa, todo el siglo XVIII representó una fuerte expansión comercial, junto con una fuerte concentración de las riquezas (vale invocar, por ejemplo, el caso de los *enclosures* y la fuerte exportación de lana en Inglaterra).

<sup>10</sup> Sobre esta cuestión, son imprescindibles los aportes de Simmel (2013).

nación hubo de dar en materia financiera (sumados al recorte del crédito internacional ocasionado por la revolución de Termino y los gastos que ésta implicó), se decidió en octubre de 1789 utilizar los bienes de la Iglesia católica para el pueblo francés. Este fue el origen de los primeros *assignats*.



“Asignado francés de diez Sous emitido en 1792 durante la Revolución Francesa: puede considerarse el primer billete oficial moderno de la historia económica de Europa, al tratarse de documentos al portador de curso legal obligatorio, respaldados por el gobierno de la República por el valor indicado” (Mendoza Martínez, 2009:116).

En América, la historia de los billetes comienza un siglo antes, con los impresos canadienses de 1685 y los bonos del tesoro del Estado de Massachusetts de 1690. Según Goldberg (2009a, 2009b), este fue el modelo sobre el que todos los papeles-moneda

modernos fueron mentados, dada su capacidad de generar una enorme inflación<sup>11</sup> y fue más estable en los EE.UU. que en Europa por algunas características particulares de esta nación:

Unlike older European paper currencies, these American paper currencies became a permanent part of the economy. Why? First, specie shortage was more severe than in Europe, and thus the incentive to use a substitute was stronger. Second, the colonies were too far away to ensure effective supervision by kings who tried to maintain their coinage prerogative. Third, the immigrant societies were generally more open to new, risky ideas, as evident by their very decision to immigrate to a New World (Goldberg, 2009b: 29).

Así, todas las colonias norteamericanas adoptaron eventualmente el modelo de Massachusetts, y del mismo modo lo hicieron los Estados europeos. Esta herramienta fue de gran utilidad, pero al mismo tiempo causó fuertes estragos cada vez que los más poderosos abusaron de sus capacidades inflacionarias. A mediados del siglo XIX, durante la guerra de secesión (y tras períodos de intermitencia entre la acuñación en metálico y en billetes convertibles), el entonces presidente Abraham Lincoln hizo acuñar los célebres *Greenbacks* para afrontar los gastos bélicos. Estos billetes también generaron una monumental inflación, cuyos efectos sobre la economía sólo pudieron ser equilibrados muchos años más tarde y con el esfuerzo de las bases sociales de la novel nación. De acuerdo con Caletti (1972:102) este desajuste entre la emisión y la realidad impulsó a los EE.UU. a “ocupar un lugar de primacía en el mundo”.

### 3. El dinero en el capitalismo industrial

Como se ha visto, tanto en Europa como en los EE.UU. se desarrollaron entre los siglos XVII y XVIII una serie de billetes oficiales que reemplazaron en el uso cotidiano a la circulación de metales.

[...] the several Gold and Silver Coins passing in the said Colonies shall be received into the public treasury of the Continent, and paid out in exchange for bills emitted by the authority of Congress, when the same shall become due, at rates set [...]. Whoever shall offer, demand, or receive more in said bills for any Gold or Silver Coins or bullion, than at the rates aforesaid, or more of said bills' for any lands houses goods wares or merchandise than the nominal sums at which the same might be purchased of the same person with Gold or Silver, every such person ought to be deemed an enemy to the liberties of these Colonies and treated accordingly [...] (*Reporte de la Conferencia Monetaria* de 1878, citado por Kemmerer, 1944:56).

En esta cita encontramos dos datos de gran relevancia. Por un lado, la idea de que los billetes eran sustitutos del metálico, cuyo valor era meramente representativo y temporario; es decir, que funcionaban como bonos más que como dinero, dado que no permitían ser acumulados y almacenados como valor. Por otro lado, y tal vez más importante, aparece

---

11 Es llamativo y destacable que este académico denomine al papel moneda creado en Massachusetts (y a todos sus “herederos”) *hyperinflatable currency*. Para caer en esta categoría, el circulante debe ser moneda corriente, estar hecho de papel y ser acuñado por el Estado y su cantidad debe poder ser controlada a total discreción por su emisor. (Goldberg, 2009b:4-5)

una temprana advertencia contra la especulación, lo cual no hace más que confirmar la existencia de este tipo de actividades (de otra manera, ¿cuál sería la necesidad de prohibirlas tan explícita y duramente?).

Las impresiones de la Conferencia Monetaria de 1878 nos permiten repasar otros acercamientos teóricos al fenómeno dinerario que se opusieron al metalismo, considerando que no es solamente el peso en oro o plata lo que determina el valor de la moneda. La doctrina estatalista<sup>12</sup> reduce todo el valor a las determinaciones políticas, aunque no permite explicar la circulación de monedas extranjeras o “imperfectas” (por ejemplo, los billetes del *Club del trueque* que se hicieron tan populares en la Argentina de fines de la década de 1990) en un territorio soberano. Esta doctrina pudo ver con claridad que el oro, sin apoyo de los Estados, volvería a ser una mercancía como cualquier otra, pero no pudo comprender la importancia del factor psicológico (la confianza) necesario para la aceptación de cualquier elemento como dinero circulante (Olarra Jiménez, 1965:157-159).

Desde otra perspectiva, la doctrina nominalista diferencia entre valor nominal y valor “real” o intrínseco de los materiales utilizados como dinero. Una de las características centrales de esta teoría ha sido la de poder independizar a cada pieza monetaria de un valor particular. Para nosotros, es muy claro que todos los billetes de una misma denominación tienen el mismo valor, más allá de ser más nuevos o viejos, más sucios o limpios, con mínimos defectos o roturas, etc. Pues bien, eso distaba enormemente de ser aceptado con normalidad antes de la segunda guerra mundial y fueron los economistas nominalistas quienes pudieron observarlo claramente: el dinero es fungible<sup>13</sup>. El desarrollo técnico, el crecimiento del comercio a escala global y el nivel de concentración (cada vez mayor) de capitales influyeron en el proceso de desmaterialización del dinero que el nominalismo económico toma sin conflicto. Pues el dinero moderno aparece “desde el momento en que las cualidades físicas de las monedas pasan a segundo plano y se tiene en cuenta principal o exclusivamente su significado jurídico” (Olarra Jiménez, 1965:161). El nominalismo (como *judicialización* del fenómeno dinerario) ha sido utilizado una y otra vez por los Estados, echando mano de devaluaciones y emisiones con el fin de pagar sus deudas o ampliar sus economías más allá de sus posibilidades materiales. Esto incluso en épocas metalistas (como el citado caso de Dionisio de Siracusa), lo cual pone de manifiesto que desde que existe la acuñación, hay de hecho una confluencia entre los principios metalistas, estatalistas y nominalistas. Finalmente, tras la revolución francesa, a estas doctrinas se les unió la idea de que la moneda no es diferente a las demás mercancías, por lo que su valor está también determinado por las leyes del mercado, la oferta y la demanda (cuestión que fue reflejo del avance del liberalismo político y económico).

### **3.1 La imposición del patrón oro...**

Pero paralelamente a la expansión de los billetes –que no eran necesariamente reemplazantes de un metal en particular–, se dio también un proceso que llevó hacia el abandono del bimetalismo y la acogida del monometalismo áureo. En 1830, Samuel Ingham (secretario del Tesoro norteamericano) defendió con fuerza esta opción:

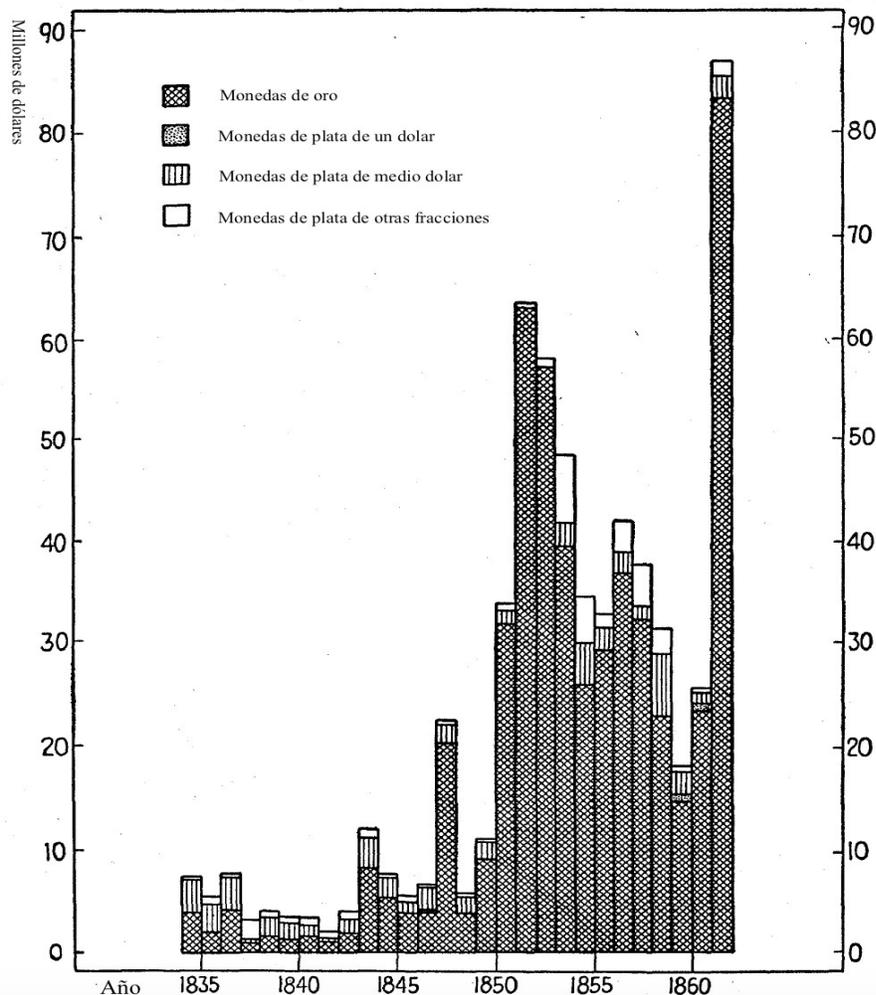
---

12 Sobre esta teoría, ver, entre otros, Knapp (1923) y Garrigues (1975).

13 Un claro texto para comprender los principios de la doctrina nominalista es Hamel (1940). Para un resumen de las posibilidades del nominalismo en nuestros días, ver Lansky (1999).

The proposition that there can be but one standard in fact is self-evident. [...] The values of gold and silver, compared with each other, [...] are liable to fluctuations, resulting from the operations of human enterprise, the political convulsions of nations, and from the laws of nature, which can neither be anticipated, controlled nor averted. [...] A simple and certain remedy is within the reach of all. This remedy is to be found in the establishment of one standard measure of property only (*Reporte de la Conferencia Monetaria de 1878*, citado por Kemmerer, 1944:72)<sup>14</sup>.

El abandono de la plata como patrón se realizó con relativa celeridad en todo el mundo occidental. Hacia 1880, las naciones más influyentes ya habían legalizado el patrón oro, pero las monedas (de diversos metales y denominaciones) ya convivían normalmente con billetes –más o menos convertibles, según el caso– que en los hechos hacía tiempo que casi exclusivamente representaban un valor en oro.



Acuñaación de oro y plata en los EE.UU. entre 1834 y 1861. Fuente: Kemmerer, 1944:78.

14 Es en cierta medida cómico advertir que el discurso de Ingham era en defensa de la adopción de un patrón exclusivamente atado a la plata.

Durante los años de la guerra civil se había introducido el papel moneda, a través del que el Estado se comprometía a devolver los metales ante la demanda de quienes los habían depositado. En este período la plata había sido más abundante que el oro en los EE.UU., razón por la cual la dualidad monetaria había tenido sentido. Sin embargo, al finalizar la guerra de secesión, el precio de la plata se redujo y los titulares del papel moneda expresaron –comprensiblemente– su voluntad de canjear los dólares de papel de oro más que los de plata. Esto trajo como resultado el virtual agotamiento de las reservas de oro. Ante este hecho, el gobierno federal redujo sensiblemente la impresión de dólares, evento que jugó un papel destacado durante el llamado *Pánico de 1893*<sup>15</sup>. Tras tal episodio, el Congreso derogó la Ley Sherman que permitía al congreso la compra de plata tanto como de oro, imponiendo, de hecho, el fin del bimetalismo. De todos modos, la ley que estableció un reconocimiento completo al patrón oro no llegó sino hasta el año 1900. La *Gold Standard Act* reflejaba el conservadurismo monetario republicano, pues declaraba que el Tesoro de los EE.UU. tenía la obligación de mantener un mínimo de \$ 150 millones de dólares en reservas de oro y fijaba el precio del oro. Así se pretendía evitar que el país imprimiera demasiado dinero y se corriera el riesgo de quedarse sin oro, limitando también la tasa de inflación.

El oro imperó en todo el mundo entre 1890 y 1914, como la base de un sistema que se hallaba en una época de rápida sofisticación de sus mecanismos económicos y financieros. De hecho, antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, en los EE.UU. el 90% de los negocios se realizaban a través de transferencias bancarias y cheques (Kemmerer, 1944:104), es decir, mediante una circulación que ya había superado al uso de monedas casi tanto como al de billetes. Sin embargo, todo el valor del mundo era aún representado en oro, que debía poder ser pagado por los Tesoros nacionales ante el requerimiento de los acreedores internacionales (diferentes recursos legales lograban evitar que los residentes de un Estado pudieran hacer lo mismo).

La llegada de la *Gran guerra* precipitó de manera abrupta un fenómeno que se venía dando desde la propia adopción del patrón oro en un contexto mundial de mayor volumen de negocios y enormes cantidades de billetes (de diversas naturalezas) siendo impresas: las reservas de oro se mostraron claramente insuficientes y se estaban agotando. Fue entonces cuando los Estados comenzaron a desprenderse del patrón oro, tomando al papel moneda como única forma dineraria, sin respaldo metálico de ninguna índole. El dinero, a partir de entonces, pasa a ser una suerte de “termómetro” de la economía nacional, pues comienza a funcionar como mercancía en los espacios financieros a través del globo.

Este paso no fue gratuito ni indoloro; una vez más significó una reorganización de la renta a nivel mundial y exigió enormes esfuerzos. En Alemania, por ejemplo, el dólar estadounidense pasó de cotizarse a 4,21 marcos en 1918 a valer la inaprensible cantidad de 496.507.424.771.974.000.000,00 marcos en noviembre de 1923 (Nussbaum, 1929:335). Los bancos fueron enormemente beneficiados por esta modificación estructural, dado que pasaron a ser los portadores casi monopólicos del dinero líquido. Esto produjo niveles inéditos de especulación que tuvieron como consecuencia el *crack* de 1929. Así, en la medida en la que se fueron desarrollando nuevas capacidades tecnológicas y el comercio se expandió a nuevos horizontes, la materialidad del dinero se fue volviendo cada vez más

---

15 El *Pánico de 1893* fue una crisis de credibilidad del papel moneda, debido al descenso de los precios de los productos agrícolas y la desconfianza de los inversores europeos sobre la capacidad de pago del *Nuevo mundo* (Champ, 1996; Noyes, 1894). Es llamativo el hecho de que los economistas e historiadores hayan decidido sustituir el término “pánico” por el de “crisis” con el cambio de siglo.

abstracta y su manejo fue más fácil para los más poderosos. El papel impreso es mucho más fácil de producir y el paso a las transacciones bancarias fue justificado a partir del facilitamiento y ahorro de tiempo que representaba. Pero todas estas medidas no podrían haber sido tomadas de no haber estado naturalizada una estructura de poder que ya no necesitaba de la materia concreta (el oro, por caso) para su justificación.

#### 4.1 El dinero como bien informacional monopolizado por el estado

Uno de los cambios decisivos para la conformación del capitalismo informacional fue la decisión de la Reserva Federal norteamericana, tomada en agosto de 1971, de que el dólar dejara de ser convertible a oro. Aunque sólo sea en términos simbólicos, esa tendencia se anuda con todo el fenómeno de la relativa desmaterialización que señalamos en el apartado sobre materias y energías. Cada signo monetario tenía, antes, un respaldo en un material noble, en una cantidad física. Así, aunque toda moneda siempre se basara en una creencia - esto es, en una forma de conocimiento intersubjetivo-, la garantía material parecía darle cierto respaldo al pacto monetario. En cambio, a partir de entonces, es públicamente aceptada la idea de que la emisión de dinero no tiene respaldo físico alguno. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con las calidades de la ID? El punto es que la separación del patrón oro permitió –aunque, claro, no determinó- *que los flujos de ID se adueñaran de las monedas*. En efecto, el otro componente del dinero –además de la creencia intersubjetiva- es una cierta información, un conocimiento codificado. Usualmente, en la forma de billetes o monedas, aunque también como notas de créditos y débitos de los bancos y otros organismos. La clave es que esas formas de conservar la información dineraria se fueron revelando como ineficientes, costosas, incómodas para las grandes transacciones, susceptibles a toda clase de dificultades logísticas e, incluso, muy lentas. Tan pronto como las tecnologías digitales poblaron el mundo, el sistema financiero las adoptó con entusiasmo (más arriba vimos que este sector consume un 20% de esas tecnologías, aunque sólo genera un 6% del producto mundial). En 1987, Paul Henderson señalaba que:

This new money is like a shadow. Its cool gray shape can be seen but not touched. It has no tactile dimension, no heft or weight. Money is a phantom from the past, an anachronism. In its place, traveling the world incessantly without rest and nearly at the speed of light, is an entirely new form of money based not on metal or paper but on technology, mathematics and science ...” (Henderson, 1987:15)

A mediados de la década del '90 aparecen artículos que empiezan a pensar explícitamente al dinero mismo como un tipo de información (Philips, 1996; Anderson, 1996). De manera más extensa, en un libro publicado en 1993 y titulado sugestivamente *The Death of Money*, Joel Kurtzman apuntaba:

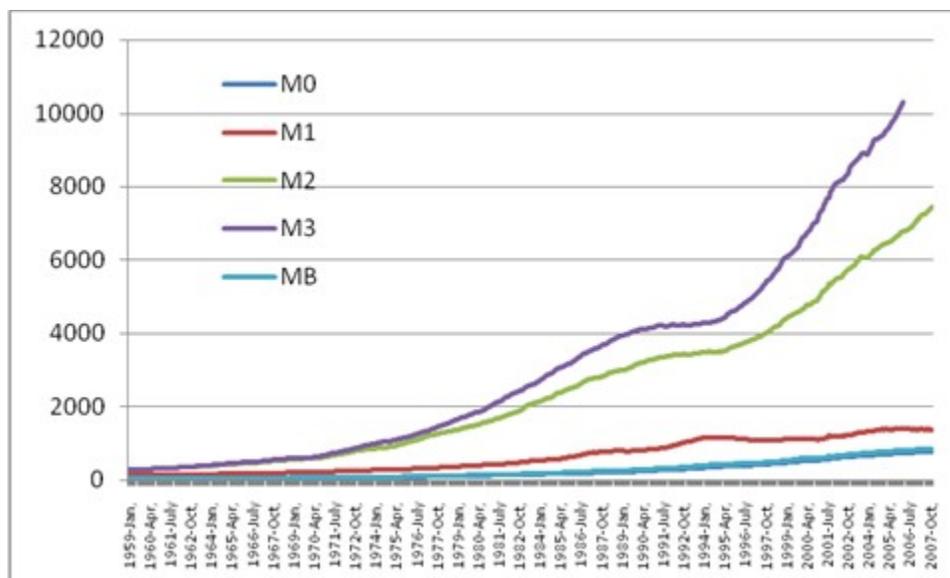
Money has been transmogrified. It is no longer a **thing.**; it is a system. Money is a network that comprises of hundreds of thousands of computers of every type wired together in places as lofty as the Federal Reserve. (Kurtzman, 1993:1)

El texto es importante porque alertaba sobre los riesgos que la velocidad de los movimientos de capitales digitalizados tenían para los sistemas financieros globales y describe con notable precisión una parte de lo que terminó ocurriendo en 2008.

Así, la tendencia hacia la financiarización de las economías, hacia los préstamos más y más laxos, hacia la vertiginosa toma de deuda por parte de todos los privados y los estados, vino acompañada por el hecho de que el grueso del dinero mundial se transformó en bytes. En cierta medida, esto fue causado por las transacciones electrónicas de los usuarios finales: las tarjetas de crédito y débito, los pagos por Internet, etc. En una medida posiblemente mayor, por el hecho de que los grandes jugadores del sistema comenzaron a intercambiar cada vez más flujos de información digital y cada vez menos metálico.

En todos los casos, los autores están de acuerdo en que el *dinero que no consiste en flujos de ID es una cifra muy pequeña del total de agregados monetarios*. No obstante, las precisiones numéricas son complejas. De manera simplificada, utilizamos como indicador proxy a la relación entre los distintos agregados monetarios: MB, MO, M1, M2, M3. Aunque las definiciones varían ligeramente según los países, aquí las usamos de manera genérica. MB (Monetary Base) representa la base monetaria, esto es, el total de billetes y monedas en posesión de los privados y en las reservas de los bancos. *Es el total de dinero no digital*. El M0 es algo más restrictivo: representa el dinero en metálico y billetes circulando –es decir, excluyendo al dinero de reservas bancarias-. El M1 le añade los depósitos bancarios “a la vista” o “a demanda”, como los de cajas de ahorros. En M2 tenemos, además, los instrumentos a plazos algo más largo. En M3, finalmente, se adicionan los instrumentos menos líquidos, con vencimientos a más de un año, depósitos gubernamentales, etc. De este modo, nos interesa ver la evolución de la relación entre MB y M3, o sea, entre el dinero en billetes y monedas, y el total. Naturalmente, esto incluye la asunción de que el dinero que surge de la diferencia entre M3 y MB está almacenado o circula como pura información y cada vez más, como información digital. Los únicos datos relativamente exhaustivos con los que contamos son los de EE.UU., que presentamos a continuación:

Gráfico nro. IX.6  
Agregados monetarios de los EE.UU.  
(1959-2008, en billones de dólares, sobre datos mensuales)

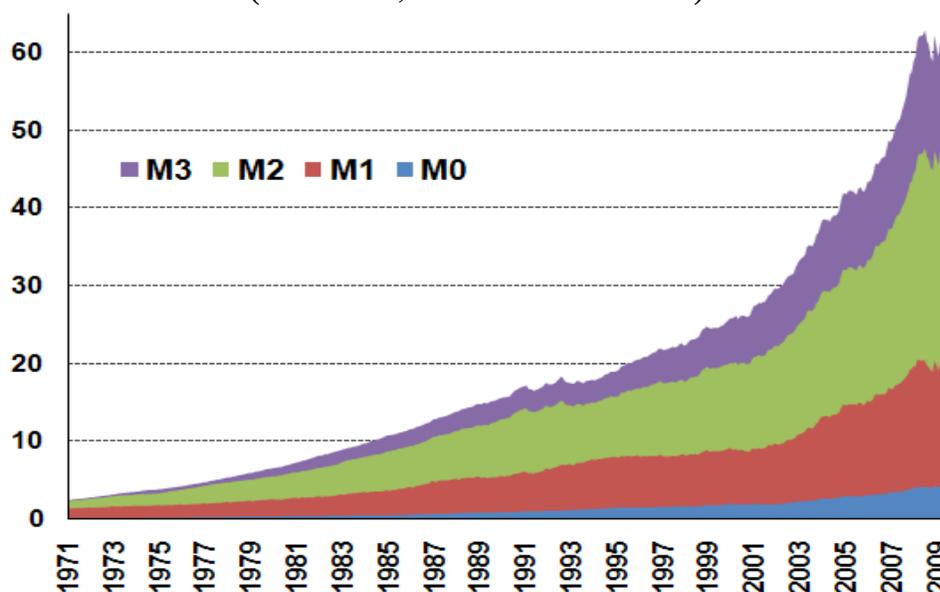


Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Reserva Federal de los EE.UU. (Fed)

El gráfico permite toda clase de reflexiones sugerentes. Por lo pronto, se ve que en la década del '70, en la que el mercado financiero despidió al patrón oro y dio la bienvenida a las tecnologías digitales, las curvas empiezan a separarse con convicción. La MB se va tornando una porción cada vez menor del stock de dinero norteamericano y el dinero almacenado de modo digital va siendo cada vez más (y esto pese a la enorme emisión de metálico que se produjo desde mediados de los '90). Esa proporción, operacionalizada como MB/M3, era de un 14% en 1959 y pasó a un 7,7% en 2006. En otros términos, de cada 100 dólares almacenados o circulando en los EE.UU., U\$S 93 lo hacen en forma digital. Un segundo elemento llamativo es que, como verá el lector, la serie de M3 se corta en 2006. Esto se debe que la Reserva Federal, sorprendentemente, dejó de publicar el dato. En una época y en un país signados por la emisión de toda clase de datos, la Fed entendió que era costoso y poco útil seguir publicando el volumen de M3. Especialmente llamativo resulta esto cuando la pendiente de esta forma de capital financiero iba desmarcándose crecientemente de M2. La tercera cuestión, útil en términos prácticos, es que las curvas de MB y M0 están prácticamente superpuestas. ¿Qué quiere decir esto? Qué no hay una gran diferencia entre el dinero físico circulando (M0) y el total que le añade a ese monto el de las reservas de los bancos (BM): tales reservas han ido cayendo notablemente. El cociente BM/M0, que mide esa relación, ha descendido de 1,41 (o sea de un 41% de reservas en metálico de los bancos) a un 1,08 (menos de un 10% de reservas) en diciembre de 2007. Aunque el objetivo de este análisis es otro, es inevitable caer en la tentación de señalar que quizás haya alguna relación entre estos tres datos y la monumental crisis financiera desatada en 2008. Especialmente, si añadimos que el nivel de deuda pública y privada – facilitada por los préstamos rápidos con los que los bancos ponían en movimiento el circulante- alcanzó niveles nunca vistos en la historia mundial (Hewitt, 2009).

A nivel internacional, lamentablemente, no contamos con una estimación de MB, aunque sí tenemos un cálculo tentativo de la evolución de M0, M1, M2 y M3 hecho por Mike Hewitt.

Gráfico nro. IX.7  
Agregados monetarios mundiales  
(1971-2009, en trillones de dólares)



Fuente: Hewitt, 2009.

Comparando este cuadro con el de los EE.UU. vemos que a nivel mundial la participación de M1 parece crecer mucho más y la que añade M3, algo menos. En ambos casos, M2 lidera la expansión y M3 se multiplica por 16 veces entre 1971 y 2006. ¿Pero cómo estimar MB y, consecuentemente, intuir cuánto dinero digitalizado hay? Podemos recurrir a la relación entre M0 y MB. Sabemos que la segunda cantidad es algo más grande que la primera. En un caso exageradamente conservador, de una relación de 1,5 o de un 50% de reservas en los bancos, el total de dinero en metálico en el mundo sería de apenas un 10%. Por ende, *parecería que al menos un 90% del dinero del mundo se encuentra, desde una perspectiva materialista, objetivado como bits*. Como señalamos una y otra vez a lo largo de esta tesis, la materialidad del soporte acarrea consecuencias. Esto no quiere decir que estemos aquí en condiciones de detallarlas, pero sí que es necesario que otros trabajos las consideren, como lo vienen haciendo los citados más arriba. Por lo pronto, el dinero bajo la forma de flujos de ID reduce notablemente los costos de transacción de todas las partes y circula a una velocidad siempre creciente, llevando a que la volatilidad de los mercados se incremente de manera inimaginable. A su vez, modifica el terreno en el que la batalla por la seguridad del dinero se libra. El dinero físico parece ser más anónimo, pero el dinero como flujos de ID es mucho más difícil de custodiar. Las llaves y los guardias armados dejan lugar a las claves y lo hackers. Esto tiene su importancia: el 90% del dinero del mundo depende de la seguridad informática, y no de los transportadores de caudales o las custodias policiales.

## 1.2 El dinero como bien informacional descentralizado

### (Bitcoins y similares)

### **1.3 El dinero como bien informacional provisto por empresas multinacionales**

**(Second Life, Facebook, etc.)**

## Bibliografía:

- Aston, Trevor (ed.) (1965), *Crisis en Europa. 1560-1660*, Madrid, Alianza.
- Bendixen, Friedrich (2004), *La esencia del dinero*, trad. J. Pérez Bances [online: [www.eumed.net/cursecon/textos/bendixen/completo.pdf](http://www.eumed.net/cursecon/textos/bendixen/completo.pdf)].
- Borisonik, Hernán (2013), *Dinero sagrado. Política, economía y sacralidad en Aristóteles*, Buenos Aires / Madrid, Miño y Dávila editores.
- Caletti, Alberto M. (1972), *Historia de las monedas y del papel moneda*, Buenos Aires, Ediciones Macchi.
- Champ, B.; Smith, B.; Williamson, S. (1996), "Currency Elasticity and Banking Panics: Theory and Evidence", *The Canadian Journal of Economics*, vol. 29, n° 4, pp. 828-864.
- Davies, Glyn (2002) [1994], *A History of Money From Ancient Times to the Present Day*, Cardiff, University of Wales Press.
- Davison, L; Keirn, T. (1988), "John Locke, Edward Clarke and the 1696 Guineas Legislation", *Parliamentary History*, 06/2008; 7(2):228-240.
- Dobb, Maurice (1950) [1946], *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, Routledge.
- Feria, Rafael (1991), *Historia del dinero*, Madrid, Fábrica Nacional de Moneda y Timbre.
- Flandreau, M.; Christophe Galimard, C.; Nogués-Marco, P. (2009), "Monetary Geography before the Industrial Revolution", *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 2, pp. 149-171.
- Garrigues, Joaquín (1975), *Contratos bancarios*, Madrid, JGD.
- Goldberg, Dror (2009a), "The Massachusetts Paper Money of 1690", *The Journal of Economic History*, Vol. 69, No. 4, pp. 1092-1106.
- Goldberg, Dror (2009b), "The Inventions and Diffusion of Hyperinflatable Currency", *Bar-Ilan University Working Paper 2009-06*, [online: <http://www.biu.ac.il/soc/ec/wp/2009-06.pdf>].
- Hamel, Joseph (1940), *Droit civil approfondi: recherches sur la théorie juridique de la monnaie*, Paris, LCDD.
- Harsin, Paul (1928), *Les Doctrines monétaires et financières en France du XVIe au XVIIIe siècle*, Paris, Alcan.
- Hoffmann, Thomas S. (2014), "Kant acerca del concepto intelectual del dinero y la tarea de la filosofía de la economía", en Borisonik, H. *Papel pintado. Número especial nº8 de la revista Perspectivas*, San Luis Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
- Justo, Juan B (1937), *La moneda*, Buenos Aires, La vanguardia.
- Kant, Immanuel (2006), *Fundamentación metafísica de las costumbres*, Madrid, Tecnos.
- Kemmerer, Edwin W. (1944), *Gold and the Gold Standard. The Story of Gold Money, Past, Present and Future*, Nueva York, McGraw Hill / Princeton University.
- Kenyon, Robert L. (1884), *The Gold Coins of England*, Londres, Bernard Quaritch.

- Knapp, Georg F. (1923), *Staatliche Theorie des Geldes*, Múnich, Duncker & Humblot.
- Lanskoy, Serge (1999), “La nature juridique de la monnaie électronique”, *Bulletin de la Banque de France*, nº 70 08/99, pp. 45-61.
- Law, John (1705), *Money and Trade Considered: with a Proposal for Supplying the Nation with Money*, Glasgow, L&A Foulis [online: <https://archive.org/details/moneytradeconsid-00lawj>]
- Marx, Karl (1999), *El capital*, México D.F., FCE.
- Mendoza Martínez, David (2009), “El nacimiento del billete: una revolución en el concepto del dinero”, *Revista Numismática OMNI*, 1 08/2009, pp. 114-117.
- Noyes, Alexander D. (1894), “The Banks at the Panic of 1893”, *Political Science Quarterly*, vol. 9, nº 1, pp. 12-30.
- Nussbaum, Arthur (1929), *Teoría jurídica del dinero*, trad. Luis Sancho Serral, Madrid, V. Suárez.
- Olarra Jiménez, R. (1965), *El dinero y las estructuras monetarias*, Buenos Aires, Aguilar.
- Polanyi, K.; Arenseberg, C. M.; Pearson, H. W. (1976). *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona, Labor Universitaria.
- Quinn, S.; William, R. (2009), “An Economic Explanation of the Early Bank of Amsterdam, Debasement, Bills of Exchange and the Emergence of the First Central Bank”, en Attack, J.; Neal, L., *The Evolution of Financial Institutions from the Seventeenth to the Twentieth-First Century*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 32-70.
- Shaw, William A. (1898), *The History of Currency, 1252 to 1894*, Londres, Wilsons & Milne [online: <https://archive.org/details/cu31924032520243>].
- Simmel, Georg (2013) [1900], *Filosofía del dinero*, trad. Ramón García Cotarelo, Madrid, Capitán Swing.
- Smith, Adam (2003), *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Oxford, Oxford University Press.
- Van Dillen, J. G. (col.) (1934), *History of the principal public banks*, La Haya, Martinus Nijhoff.
- Vaughn, Karen I. (1980), *John Locke: Economist and Social Scientist*, Chicago, University of Chicago Press.
- Velde, François R. (2007), “John Law’s System”, *American Economic Review*, 97 (2), pp. 276-279.
- Williams, Jonathan (ed.) (1997), *Money: a History*, Londres, British Museum Press.